

UN HEIDEGGER REDIVIVO

Rafael A. Herra

Un autor italiano de orientación idealista quiso conmemorar el octogésimo aniversario de Heidegger y dijo: Heidegger ha vivido demasiado. La expresión fue irritante. Retomarla hoy, sin embargo, implicaría arrancarle una lectura nueva y significativa y vincularla a cierta sedición antifilosófica de nuestro tiempo, o bien a lo que se podría señalar como un punto sensible en la crisis de sobrevivencia de la filosofía contemporánea. ¿Pero no marcaba igualmente aquella expresión un esfuerzo por hacer evidente la pseudoinacción de un pensamiento inacabado? ¿No era, en el fondo, un ataque al irracionalismo que espiritualmente había avvicinado a Heidegger a los hechos y a la ideología de su tiempo?

Al cabo de un período de carácter escolástico, bajo la influencia metodológica de Husserl, Heidegger se inició en la ontología y permaneció en ella durante todo el resto de su producción intelectual. El por qué de ese planteamiento obsesivo a lo largo de una obra densa y prolija pareciera ser la razón de su crisis. Su filosofía comienza con una pregunta y culmina con cierto estilo de reflexión que anuncia el fin de la filosofía y el comienzo de la época del pensamiento. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué significa ese estilo profético, poético, casi místico, cargado de anuncios sin carga semántica, centrado en una pregunta que no acaba de contestar? No es coincidencia que sus trabajos poético—proféticos se sitúen en el período posterior a la *Carta sobre el humanismo*, escrita durante la segunda guerra mundial. Y tampoco es simple coincidencia, aunque parezca extraño, que esos trabajos se entremezclen con sus meditaciones referentes a una filosofía de la técnica. ¿Heidegger, filósofo del ser, filósofo de la técnica? En realidad Heidegger, antipositivista, a partir de la escolástica y de Husserl, es un filósofo de lo concreto, un filósofo de las cosas, de lo que está a la mano, y no sólo de los constituyentes de la existencia humana. Desde esta perspectiva se entiende por qué siempre su obra pensante se esfuerza por presentar una realidad ontológica *fuera* de la mano del hombre, fuera de la historia, dependiente de la irradiación trascendente de lo que llama el ser. Semejante propósito no es extemporáneo; más bien es deudor de cierta tradición muy clara que quiere ver la realidad construida desde un principio, el cual, naturalmente según el punto de partida aristotélico de la lógica formal, es inasible, pues nada es más genérico que él para contenerlo específicamente. En un estudio de 1949 sobre las publicaciones de Heidegger del año 1947 (*Sinn und Form*, 3, Potsdam, p.40) recuerda G. Lukács la afirmación de Goldmann en su libro sobre Kant en el sentido de que *Ser y tiempo* contiene una polémica implícita contra el concepto de fetichismo. En este contexto Heidegger explicaría el fetichismo de las cosas como algo derivado, no de la existencia humana, ni de su condición, ni de su trabajo, ni de su ser—con, sino del ser. La teoría interpola aquí un principio onto—teológico, en otras palabras, religioso. Conceptos como éste, que hay más, no hacen otra cosa que expresar la actualidad polémica de Heidegger, en cuya obra tanto

los neopositivistas como su discípulo Marcuse, Sartre, los filósofos de la revista Praxis, Lukács, Adorno, ciertas escuelas de teología, etc., se rompieron la cabeza en una querrela cuya fecundidad está todavía por evaluar y cuyo contexto no es solamente filosófico.

¿Cuál es, entonces, el campo crítico de este filósofo que pareciera haber vivido demasiado? En un libro del filósofo francés F. Chatelet, *La philosophie des professeurs*, que el lector costarricense podrá encontrar reseñado en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (36, 1975, p.166) se descubre un hecho que comienza a ser objeto ya de una numerosa bibliografía: las sociedades contemporáneas tienden a caracterizarse por asumir formas de organización tecnocrática que, entre muchos otros efectos, quieren desplazar al filósofo de su función sancionadora, de su intención de totalizador teórico. El Heidegger filósofo de la técnica sería el filósofo de su propia crisis. Pareciera que en esta época de cibernéticos y organizadores, en la que el filósofo ve su campo de reflexión asediado por el psicólogo, por el científico social, por el epistemólogo científico—natural o formal—lógico neopositivista, y por otros más, su tarea se convierte en la del profeta oscuro, aislado, sin tiempo y verbalista, poseído por el demonio del ser como “destino” que sólo es tangible bajo el aspecto de técnica en el mundo y, en la conciencia, como iluminación particular. La técnica, concebida así, aparece como el principio independiente que mueve a la historia humana, como un irracional actuante.

Sustentar lo irracional como principio de todas las cosas sobrevive a Heidegger. Más que un haber vivido demasiado —para retomar el título del estudio de *Sinn und Form*— lo que hoy queda es un Heidegger redivivus.